



Portal

Librería

Alejandría

busca

Ventas

De puño y letra. El arte de desmadrarse entre las cuerdas.

por Mauricio Carrera

Reseña del libro:  De puño y letra de Alejandro Toledo

A partir de la publicación del libro *De puño y letra. Historias de boxeadores* (Ficticia, 2005) en el que Alejandro Toledo une su pasión por el box y la literatura.

Primer raund.- En el principio —hablo de los modernos, no de los griegos—, Henri de Montherlant. El olimpismo llevado a la literatura. El oficio literario ceñido bajo las reglas del Barón de Coubertin. El boxeo como expresión clásica de la caballerosidad. Por fortuna llega Jack London para renovar el género. Lo hace con sangre, crudeza, golpes bajos, personajes atractivos por lo que tienen de seres humanos enfrentados, más que a las cimas de la victoria, a las profundidades de la derrota. Él mismo era un peleonero. Lo fue para abrirse paso de niño en los barrios de Oakland, y cuando ya era famoso. El incidente más notable se remonta al 21 de junio de 1911, tras el nacimiento de su hija, Joy. Él, que esperaba un varón, se refugia dolido en su machismo en un bar de San Francisco. No tarda en encontrar un pretexto para pelear. Se hace de palabras y de golpes con Muldowney, el propietario. Éste, enorme, de 105 kilos, le da de cabezazos (lo acusa de pegar propaganda de medicamentos venéreos en el baño) y London se desquita con una estupenda patada en los testículos. Llega la policía y son encarcelados. Al día siguiente moría su recién nacida. Apenas la enterró marchó a Reno para cubrir la pelea "del siglo" —otra más— entre el campeón, negro, Jack Johnson, y el retador, blanco, Jim Jeffries. "Cuando llegó a los campamentos de entrenamiento, con los ojos amoratados y la cara hinchada, parecía más un sparring que un autor célebre", como cuenta su biógrafo, Richard O'Connor. La esperanza blanca fue derrotada por el boxeador negro. London cobró sus textos, publicados en el Herald, a razón de un dólar la palabra. Necesitado siempre de dinero y a gusto en la atmósfera de los cuadriláteros, no fueron pocas las peleas que cubrió para distintos periódicos. De ahí sus cuentos y una novela corta relativos al box. La novela es mala y se titula *El mexicano*. Demagogia revolucionaria escrita con rapidez: golpes del joven idealista Felipe Rivera por fusiles para la causa. Los cuentos son mejores. "El boxeador", de 1905, es una historia de amor con los encordados como motivo para la esperanza y la tragedia. Joe, "el orgullo de West-Oakland", decente, puro, quien perderá más que la pelea en un absurdo accidente (el *Million Dollars Baby* de Clint Eastwood con un siglo de ventaja). Me quedo en todo caso con "Por un bistec", donde un viejo y hambriento boxeador pelea por última vez. Tom King, el "animal de lucha", enfrentado a un hombre más joven. Era un boxeador experto, pero había gastado su juventud adquiriendo experiencia. Un relato clásico sobre el poder de la juventud. "La juventud siempre debe ser joven", como escribe London, y "esta noche se sienta en el rincón de enfrente", como reflexiona, no sin escueta preocupación, el avejentado boxeador King.

Segundo raund.- Ring Lardner. "Un metro noventa de generosidad y buenos cuentos que merecerían mejor destino", al decir de Francis Scott Fitzgerald. El escritor de magníficos relatos que lo mismo retrataban las relaciones de pareja —amor, se le llamaba entonces— entre los estadounidenses de las primeras décadas del siglo XX y uno de los grandes descubridores, en la literatura, de la importancia del deporte como reflejo de los valores y el estilo de vida norteamericano. Su favorito fue el béisbol, y "Herraduras" uno de sus mejores cuentos al respecto. Lardner aprovecha el oficio periodístico para

contar, desde el punto de vista de un reportero, la historia de Grimes, el jardinero ("el zaguero", dice la traducción argentina que tengo), "cuya milagrosa atajada en el undécimo tiempo (...) había ganado otro Campeonato del Mundo para los A-t-lé-ti-cos". Pero también escribió, y bien, sobre box. En "El Campeón" escribe sobre Midge, grosero, envalentonado ("puedo matar a todos con mis golpes"), quien se deja sobornar por ochenta dólares para perder una pelea y quien no duda en golpear a su mujer en la noche de bodas. En sus cuentos no hay heroísmo sino cinismo. Midge gana el campeonato ante El Holandés, pero se deja vencer por los encantos de Grace, su amante, quien le pide dinero de manera constante. "Esa mujer te arruinará", le pronostica su manager, y es despedido de inmediato. Su esposa y su hija se mueren de hambre pero es incapaz de enviarles algunos centavos. Corteja a la esposa de su nuevo manager, se emborracha de lo lindo y corre a Grace de su vida antes de que ésta ingrese en su lista de knock-outs. La visión de Lardner del box es crítica, lo mismo que la de los medios. Al final del cuento un periodista publica un reportaje falseado del boxeador: buen padre, buen esposo, nunca bebe, no se desvela. Un ejemplo de deportista, pues eso es lo que la gente quiere saber de sus campeones. Lardner, que formó escuela, terminó por perderle gracia al oficio. Murió en 1933. Fitzgerald admiró su altura literaria. Pocos lo leen ahora.

Hemingway, por supuesto. Papa Hemingway. Estilo directo como los golpes de la vida o como un fajador que se convierte en consumado estilista. Nick Adams, el alter ego hemingwayano y ese cuento de título exacto: "El boxeador". Paul Newman lo interpretó para la televisión. En su narrativa se halla siempre presente la lucha entre el bien y el mal. En "Los asesinos", el box aparece en la figura de Ole Anderson, la víctima que enseña a Nick a enfrentarse al absurdo de un mundo cruel y desordenado. Nunca se sabe por qué lo van a matar pero su muerte es segura, inminente. En "El boxeador", otra anécdota. El personaje de Ad Francis, el retador, está basado en el infortunado Ad Wolgast, quien tras haber sido campeón de peso ligero terminó boxeando en la habitación acojinada de un manicomio. El gran logro de Hemingway es saber transmitir lo complejo mediante la sencillez. Lo dijo él mismo: "Aunque se trate de las cosas más simples, el hombre necesita toda su vida para conocerlas a fondo". Me gusta ese desdén en Ahora brilla el sol: "Roberto Cohn fue campeón de boxeo de peso medio de la Universidad de Princeton. No se crea que a mí me impresiona gran cosa esto, como título deportivo, aunque significó mucho para Cohn". El boxeo es experiencia de la vida, no más. Cohn (que llega a escribir una mala novela) abandona el boxeo y a nadie le importa su título. Tan sólo le queda el recuerdo de su nariz destrozada por su mentor "Araña Kelly", que le hacía ver —la imagen es magnífica— como si un caballo le hubiera pisado la cara.

Mailer, también. Norman Mailer y el Nuevo Periodismo. El box como novela, la novela como box. Mailer, que fue hombre de armas tomar en la Guerra del Pacífico (Los desnudos y los muertos), también lo fue en su vida como civil: se lió a golpes en un programa en vivo de TV y le dio dos puñaladas a su esposa (ninguna de muerte, sólo de divorcio fast-track). Hombre duro que no sabe bailar, encontró una veta enorme en la no ficción: La canción del verdugo, remedo a lo Capote de un criminal, y Un disparo en la luna, sobre la carrera espacial, entre otras muchas: Miami y el sitio de Chicago, Los ejércitos de la noche, etc., etc. Las técnicas novelescas al servicio del periodismo y al revés. En 1975 publicó "La pelea", sobre la contienda del siglo —otra más— entre Muhamad Ali y George Foreman. Lo hizo en Playboy, en sus números de mayo y junio. Entre reportajes gráficos sobre camisetas sexys, sobre el sexo en el cine francés y con fotos jalándose los vellos del pubis de la bella Marilyn Lange, Playmate of the Year, Mailer cronicó el encuentro entre dos grandes del boxeo, en Kinshasa, Zaire. Siguió a Ali desde su campo de entrenamiento en Deer Lake, Pennsylvania, le vio escribir y recitar sus propios poemas ("para Ali, componer unas pocas palabras de real poesía se equipararía a un intelectual tratando de tirar un buen golpe"), le escuchó decir que Foreman nunca lo noquearía: "No sabe pegar. Derrumbó seis veces a Frazier y nunca lo noqueó", y viajó con él al antiguo Congo para presenciar, como señalaba un anuncio: Una Pelea entre Dos Negros en una Nación Negra, Organizada por Negros y Vista por el Mundo Entero: una Victoria del Mobutismo (en referencia a Mobutu, el hombre fuerte de Zaire). Entresaco esta definición del pugilismo: "El boxeo es la exclusión de la influencia externa. Una disciplina sica" (!). Me quedo con su paralelismo entre el boxeo y la escritura: "El boxeador debe tener confianza en sí mismo para obtener la victoria y el escritor en que su obra vale la pena ser leída" (!). Se torna lírico

cuando de hablar de Foreman se trata: "Foreman está en comunión con una musa. Y también es profunda, pariente lejana de la belleza, la musa de la violencia en toda su complejidad. El primer deseo de la musa de la violencia podría ser permanecer serena" (1). Foreman recibe de Mobutu un cachorro de n, "aunque está tan grande que ya no puede ser considerado un cachorro. Es un verdadero león". El entrevistador —así se autodenomina Mailer— ofrece sus acostumbradas dotes de narrador y sus infaltables dosis de ego para ofrecer un texto que algo tiene de El corazón en las tinieblas y El negro blanco. Un buen texto, mucha estamina, muchos recursos literarios. Nada más.

Tercer raund.- Ricardo Garibay no tuvo necesidad del Nuevo Periodismo. También tenía su ego, uno grande, muy grande, su talento, enorme, pero también un oído gigante, exquisito, inigualable, único. Era un maestro del arte de escuchar y reproducir tal cual. El oído como grabadora. El oído como estilo. Escribe en "Ira" sobre una pelea entre El Famoso Gómez y El Púas Olivares:

"—¡Pelearáaaaa doce raunnds! —gritaba el anunciador oficial. Arena México. Noche de gala. Campeonato nacional de peso gallo. ¡Peleyón!"



A Garibay le gustaba el box. Lo practicó de joven en los encordados y de adulto en su literatura y con sus colegas escritores ("yo también he andado en esto de las trompadas", le dice al Púas Olivares). Participó en los guantes de oro. Josefina Estrada recuerda que el autor de La casa que arde de noche escribió textos donde "recreó las feroces peleas entre niños a la hora de la salida, como se constata en el cuento 'Aquella infancia fiera'. Su interés por el box también se hace patente en el reportaje 'Negro Sandoval', donde se narran las desventuras de un boxeador casado que se pierde en los laberintos del lenguaje y la memoria".

Su knock-out más memorable en este terreno lo infringe con Las glorias del gran Púas. No creo, como dice Leñero, que esta obra pudiera calificarse como "una novela de non-fiction". No como novela, en todo caso, por favor. Están, sí, las técnicas de la no ficción: la construcción escena por escena, los diálogos, la anotación simbólica, todo, bajo el peso de la realidad y los inagotables recursos narrativos de Garibay, para ofrecer la semblanza de Rubén Olivares y su "arte de desmadrarse entre las doce cuerdas". Buena definición. Hay otra igual de espléndida: "no hay más arte que colocar un chingadazo entre quijada y madre". Garibay participa en el reportaje. Es un personaje más. De esta manera convence al Púas de continuar con el libro: "Aaaaay ora sí me la restiraste, Garibay. Pura pasión y dinero y sin que me rompan el hocico". Garibay como reproductor de lo coloquial: "Jo de su pinche madre". "Inchs camionsotes". "Tas pendejo". "¡Queasó, Puyitas, queasó!". "Pseres el Gordo". "Algún tiradero de élei". Garibay como maestro de la descripción de personajes y ambientes: "Un gordo de facha fritanguera". "Gárgola feroz la bocaza del Púas". "Un vejete vinagre de dientes podridos, que gruñe continuamente: 'dous grisers sanababích'". "El Alexandria Hotel es una ruina cucarachera (...) Mugre casi centenaria". "Parroquia juvenil, obrera, greñuda, grisácea, reverente, sin dinero para el trago". Garibay como teórico: "El boxeo como gloria romántica, como escandaloso quehacer de un hombre dotado con prodigio para la rijosidad, la cárcel y el manicomio, como pasión inconfesada del hombre de las pantuflas y ejemplo a no ser seguido jamás, como imagen de la bruta fealdad y el ronroneo que deja en la cara y en el alma, como eso, el boxeo llegó hasta los cuarenta, y desde entonces no es más que una modesta tecnología al alcance de cualquier adolescente haragán y más o menos hambreado y riñonado; fabriquita de campeonatos tan fugaces como los timbrazos de la caja registradora; claunería gansteril".

El Gran Púas como "único e insustituible embajador plenipotenciario de la bofetada mexicana" y Garibay no fajador indiscutible del periodismo y la literatura. Un clásico ya. El boxeador que sabe de memoria el Cantar de los cantares. Leñe.

arto raund.- Alejandro Toledo. Escritor versátil interesado en el cuento, el ensayo, la entrevista, la intelectualidad y el poder, Josefina Vicens, el box. No confunde el jab con el upper cut, como en el poema de Nicolás Guillén. Al contrario, De puño y letra. Historias con boxeadores (Ficticia, 2005), su más reciente libro, da muestras de su interés por conjuntar dos pasiones: el pugilismo y la literatura (en su modalidad bajo presión: el periodismo). El libro no oculta el golpe y el verso, el bending y los libros, el knock-out y los escritores. Desde el principio, en su semejanza de Laura Serrano, boxeadora, "a la que han llamado la poeta del ring", Toledo establece la estrategia a seguir: box y escritura, "round por round, verso a verso (como diría Antonio Machado)". En el capítulo inicial se reúnen la pugilista Serrano y el poeta Jaime Sabines, quien habla lo mismo de Kid Azteca y Joe Louis que de Manuel José Othón y Huidobro, y "aconseja a la boxeadora cómo dar golpes contundentes con los versos". Ese primer capítulo termina, sin ambages: "Y el resto en la conversación es sólo literatura".

Por supuesto, también está el box y sus mitologías. Pepe el Toro redivivo: "El boxeador viene del barrio, de la cuna humilde, de la pobreza, y el boxeo nos abre las puertas para hacer algo en la vida". Lo dice Raúl Ratón Macías, quien se queja de ver a la Arena México semivacia. "Qué triste vería así, cuando en mis tiempos se llenaba. Ahora por la Coliseo hay mucho colega (...), mucho ratón". Para Ricardo Finito López, el boxeo, como afirmaba el Cuyo Hernández, "es el arte de pegar y no dejarte golpear". Toledo, escritor al fin y al cabo, se siente a gusto con este boxeador de Tacubaya, fino para el ring y la palabra. "Tiene su poética del pugilismo" y es ocurrente al hablar. Lo demuestra en un programa deportivo de televisión:

—Ricardo, ¿por qué tienes el rostro tan limpio? —le pregunta el conductor.

—Porque me bañé antes de venir a tu programa.

Toledo entrevista a boxeadores, managers, amigos, familiares. De esta manera sabemos que Oscar de la Hoya lleva en su cartera un food coupon, de los que da el gobierno estadounidense a los necesitados, en recuerdo de sus malas épocas y para que el triunfo no se le suba a la cabeza. De Julio César Chávez, que es un alburero, que profesa amistad a Carlos Salinas de Gortari, que se entrena con disciplina y que pide a Hacienda que lo dejen en paz: "Todo lo he ganado a base de muchos chingadazos, mucho sacrificio, muchos golpes". De Daniel Zaragoza, que quería ser futbolista, que "casi todas sus peleas se construyen bajo el signo de lo dramático", mucha sangre, cabezazos y knock-outs, así como su casta y el orgullo: "Que una persona me haya tirado en el piso, no lo podía, ni lo puedo, permitir". De Ladislao Mijangos, ¡un peso completo mexicano!, y sus peleas con George Foreman y Leon Spinks. De Salvador Sánchez, su accidente automovilístico, los corridos en su honor ("Voy a cantar un corrido/ pero con mucha expresión/ hablando de la tragedia/ que le pasó al campeón...") y los festejos que se llevan a cabo cada aniversario de su fallecimiento en su pueblo natal, Santiago Tianguistenco: un "ambiente raro por la combinación de mariachis, boxeadores, rezos".

El box como nostalgia es otra de las constantes del libro. El box que ya no es lo que era. Cuando ganábamos medallas olímpicas. Cuando había verdaderos ídolos de las multitudes. Afirma el manager Ignacio Beristáin: "Tenemos en el Distrito Federal un boxeo mediocre o pésimo, de mala calidad, y una Comisión de Boxeo que cambia de presidente como si cambiara de calcetines. En la Ciudad de México este deporte se ha convertido en una burla".

A diferencia de Ricardo Garibay o de Norman Mailer, Alejandro Toledo aparece poco. No es protagónico. Es el Nuevo Periodismo sin el Yo. A ratos, pura curiosidad, en esta obra faltaría un poco de él, por qué su interés por el box, la duda de si se ha puesto los guantes o de cómo llegó a los campamentos en el Tahoe de J. C. Chávez y de Big Bear de Óscar de la Hoya. Eso falta. Pero su oficio consiste en mostrar, no en mostrarse. El autor se halla en las preguntas, claro, pero más que nada en la

construcción de las escenas, en los diálogos, en la forma como equilibra su materia prima: los golpes y la palabra. Insisto que es un libro de box, sí, pero desde el periodismo, la literatura. De ahí el título: De puño y letra. De ahí también su admiración por un personaje que, sin ser boxeador, es uno de los más importantes protagonistas del volumen. Me refiero a Jesús Choláin Rivero, "maestro de boxeo" de Óscar de la Hoya cuando noquea a J. C. Chávez en 1995. Es un caso atípico en el medio. Yucateco, marxista, lector de Cervantes y Maupassant, discípulo de Wenceslao Roces, licenciado en historia, interesado en Nietzsche, pugilista frustrado, admirador de Sugar Ray Robinson, negociante en aluminio y teórico del boxeo, Choláin, que llevó a obtener el campeonato mundial a Guty Espadas, Miguel Canto y De la Hoya, tiene su muy particular versión sobre el pugilismo. No sólo dar golpes sino cultivarse, crecer, estudiar, pensar.

—En un año he aprendido lo que no pude en diez —afirmó Óscar de la Hoya. Choláin se preocupó en enseñarle a aprovechar su altura y fintar para dar golpes pero también en volverlo culto: "He tratado que lea. En las mañanas cuando caminamos le hablo de Shakespeare, de historia, economía, para que sus valores no sólo estén basados en la fama y el dinero, para que tenga valores espirituales".

—Ponte a leer —le decía.

—Me gusta más escucharlo —respondía siempre Óscar de la Hoya.

En el fondo, a Toledo le gusta esta combinación de golpes: Cervantes y Joe Louis, Jack London y Muhamad Ali, Tom Wolfe y Mantequilla Nápoles, Vicente Leñero y El Chango Casanova, Ricardo Garibay y Sal Sánchez. Eso es lo que está aquí. Historias de boxeadores rubricadas con su puño y letra.

Artículo publicado en la revista *Milenio Semanal* el 25 de julio de 2005.



Cada libro cuesta el precio señalado más el costo de envío.
La entrega de libros en la Ciudad de México es gratuita;
el costo de entrega en el interior de la República como en otros
países se le indicará al solicitar su pedido.
Información y pedidos :
libreria@ficticia.com.